

te dejarse arrastrar de su compasión, como no consolar al triste en las horas de infortunio. Se decidió por fin á ejercer una de las obras de misericordia, despreciando, como era natural, su timidez en hacer una pregunta que no podía de ningún modo clasificarse de importuna.

Es Ud. sumamente buena, señora—dijo el Obispo;—nunca podré pagar á Ud. el beneficio que me dispensa en estos momentos; me considero feliz en su casa, pero me entristecen esas lágrimas, prueba evidente de un dolor intenso.

¡Ah! Estoy triste, muy triste—contestó la atribulada suspirando:—aquí, á nuestro lado, está mi esposo cuidando á mi moribundo padre, que... No puede hablar, señor...; sería indiscreta,

—Me interesa mucho la salud de su padre—continuó el Obispo;—quisiera desvelarme por él como me desvelaría por la persona más querida que tengo en el mundo: siga Ud. sin temor á ninguna dificultad por mi parte.

—Perdóneme, señor, ¿es Ud. católico?

—Católicos fueron mis abuelos, católicos fueron mis padres, católico, apostólico, romano soy yo, siendo además, aunque indigno.....

Aquí el desconocido iba á manifestarse de lleno, arrastrado por el entusiasmo del triunfo que juzgaba seguro, mas le sorprendió súbitamente la idea de que sería coartar á la desconsolada hija si llegaba á saber quién era su interlocutor, y prosiguió con fervor y energía:

—Soy uno de los que trabajan con fe por el triunfo de nuestras santas creencias.

—Gracias, Dios mío, gracias—murmuró la mujer levantando los ojos al cielo. Mi pobre padre, iba á decir á Ud., no quiere prepararse á morir como cristiano, no atiende á los consejos que le damos mi esposo y yo, á todo responde: "yo no me muero" ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡morirá impenitente mi querido padre?

Y dejándose caer sobre un banquillo, exhalaba desgarradores ayes acompañados

de sentidas súplicas á la Virgen y á San José.

Las sencillas, á la vez que conmovedoras palabras de aquella hija, atormentada por el más vivo dolor, impresionaron de tal manera á Mgr. Earlg, que prorrumpió también en amargo llanto, obedeciendo al impulso de sus tiernos y compasivos sentimientos. A su mente acudieron en tropel las terribles sentencias con que la Sagrada Escritura amenaza á los que se hacen sordos á los avisos del cielo cuando están ya próximos á presentarse en el tribunal de Dios: dobló humilde la rodilla y con el fervor y espíritu de un ángel oró por la conversión del moribundo. Ante esta sublime escena de piedad y caridad cristianas, la que lloraba el próximo castigo que iba á sufrir su padre, besó con efusión la mano del desconocido, creyendo ver en él un santo bajado del cielo á enjugar sus lágrimas.

Después de algunos momentos de oración, Mr. Earlg se enteró de la vida y costumbres del moribundo, con el fin de ensayar los medios más eficaces para salvarle. Haría cuarenta años que William White (este era el nombre del enfermo) estaba encargado de vigilar las fincas que un propietario escocés había confiado á su cuidado, construyéndole una casita en el centro de sus haciendas para que no le fuera molesto recorrerlas todas diariamente. Allí había nacido la desconsolada hija, y á la sombra de los corpulentos árboles inmediatos á la casa había aprendido en el regazo de su madre las fervorosas plegarias con que todos los días seguía saludando á la Virgen Santísima. Allí aprendió ella á conocer lo que es el cariño de madre, cuando el cielo le concedió la inocente niña que hemos visto salir á la puerta cuando llamó el desconocido. Aquellas paredes blancas y aquellos árboles eran testigos de las sublimes escenas de amor cristiano con que la familia toda ensalzaba las glorias de María en el mes de Mayo. El guarda, secundado ya por el marido de su buena

hija, volvía de sus excursiones por las fincas cargado de flores para adornar una habitación reducida que habían convertido en oratorio. Los demás meses del año los pasaban en piadosos ejercicios, leyendo las vidas de los santos y orando por los protestantes, sus vecinos: el venerable anciano era el predicador, obligado de todas las virtudes; con su ejemplo arrastraba á cuantos le trataban al exacto cumplimiento de los deberes cristianos; los protestantes le llamaban "el hombre feliz," y sus amigos *the playful man*, el hombre juguetón, por los chistes y agudas ocurrencias con que animaba la conversación.

—¿No podré yo entrar en el cuarto de su padre de Ud., señora?—preguntó el Obispo, después de haber escuchado emocionado el relato de las virtudes del enfermo.

—Sí, señor—contestó la hija, abriendo la puerta.—Salve usted á mi padre.

En modesto, pero limpiísimo lecho, yacía el anciano casi sin vida.

La muerte había impreso ya sus huellas en las demacradas facciones del anciano; sus ojos no brillaban ya, sus manos, secas y temblorosas, no podían sostener el peso más insignificante; la muerte se acercaba á pasos agigantados á apoderarse de aquella víctima.

—Vengo á visitar á Ud., aunque no tengo el gusto de conocerle—dijo el Obispo acercándose á la cama.—Ud me dirá si le molesta mi presencia.

—No me molesta Ud., señor—respondió el viejo con voz apagada.—Siéntese Ud. si gusta.

Después de algunas palabras, pocas, referentes á la enfermedad, el nuevo visitante entró de lleno en el asunto que le interesaba, no pareciéndole prudente entretenerse en largos preliminares, temeroso de quedarse sin interlocutor.

—Parece que su enfermedad reviste un carácter grave, amigo mío—dijo cariñosamente el Obispo.—¿no sería bueno que se preparara Ud. á la muerte?

—Yo no puedo morir ahora, caballero—respondió briosamente el enfermo como recobrando todas las fuerzas de sus mejores días.—Parece que se ha confabulado Ud. con mi buena hija, que no cesa de repetirme esas mismas palabras: yo no me muero, entiéndalo Ud. bien.

Pero, amigo mío; todos tenemos que morir...; y la enfermedad de Ud... y á su edad....

—Repito, que no me muero: ¡es imposible!

El Obispo creyó que el buen anciano había perdido el uso de la razón en los penosos días de la enfermedad; pues á cuantas reflexiones le hacía contestaba siempre con el "yo no me muero ahora", verdadero tormento de la desconsolada hija y del interlocutor. ¿Cómo podía explicarse, si nó, la ejemplaridad de su vida entera y el acierto en las respuestas que daba á las preguntas que no se relacionaban con la muerte?

—Vamos, amigo mío—volvió á preguntar el Obispo, deseoso de conocer aquel misterio.—¿Podrá Ud. decirnos por qué razón asegura Ud. que no está próximo á la muerte, siendo así que todos nosotros le creemos á las puertas de la eternidad?

—Voy á satisfacer su deseo y el de mi familia, que también quiere conocer mi secreto: pero antes necesito saber si es Ud. católico, porque los protestantes me inspiran poca confianza.

—Sí, hijo mío; soy católico y además soy...hijo de padres católicos que están ya en el cielo.

—En ese caso, no tengo el menor reparo, en manifestarle por qué no puedo morir ahora. También yo soy católico fervoroso, señor, y desde que hice mi primera comunión hasta hoy, no se me ha pasado un solo día sin repetir la oración que de niño dirigí á nuestra inmaculada Madre, y bien sabe Ud. que la Virgen María....

—Vamos, qué—interrumpió el Obispo,

que anhelaba saber la explicación del enigma.

—Si no hay prisa, señor, se equivoca Ud. al creerme próximo á la muerte. Vuelvo á repetir que no me muero ahora.

Pues bien: el día de mi primera comunión, y todos los días después, he pedido á la Madre de Dios que no me deje morir sin un sacerdote que me confiese. ¿Cree usted ahora que la Reina de los cielos me ha de negar esta gracia? ¡Imposible! No puedo morir aún!

Y dando media vuelta en la cama, no sin que le costara grandes esfuerzos el devoto de María ocultó la cara entre las manos y se encomendó de nuevo á la que siempre había sido su tierna Madre. El Señor Obispo y la familia del paciente cayeron de rodillas y dieron rienda suelta á copiosas lágrimas, no de dolor y compasión como las primeras, sino de alegría y satisfacción indecibles, pues en sus almas se reavivaron esos tiernos afectos que únicamente saben sentir los fervorosos católicos al tratar de la eficaz y amorosa protección que la Virgen dispensa á cuantos en ella confían. Sus conciencias les decían también que no pueden ser defraudadas las esperanzas de los devotos de la Madre de Dios.

El huésped creyó llegado el momento de manifestar quien era, mas las palabras se le ahogaban en la garganta, y no le era posible satisfacer sus deseos, que en aquel supremo instante revestían el carácter de rigurosa obligación: comprendió que la Virgen Santísima le había conducido á aquella morada para ejercer el más elevado cargo de ese ministerio.

—Hermano mío—exclamó el ministro del Señor sollozando, y sin poder reprimir aún su grandísima emoción, la Virgen María ha escuchado su plegaria. El que os habla es vuestro Obispo—añadió, haciendo brillar la cruz pectoral á los ojos del moribundo.—Nuestra tierna Madre me ha conducido á través del bosque para recoger vuestro último suspiro.

—¡Oh María, oh mi buena Madre!—

sollozó el enfermo con los ojos bañados en lágrimas, al palpar la verdad de lo que tan firmemente había creído y esperado;—gracias por vuestra misericordia y piedad sin límites; gracias, señor Obispo añadió—luego, queriendo incorporarse en la cama;—ahora ya creo que Dios me llama; ya sé que la Santísima Virgen me espera para llevarme al cielo: oiga Ud. mi confesión.

Quedando solos el confesor y el penitente; desahogó éste su conciencia, y poco después de haberse purificado, la Reina de los ángeles pidió á Jesús una corona de gloria para su fiel devoto.....

Al abrirse las puertas del cielo para recibir al siervo de María, algunos vecinos del pueblo visitado por el Señor Obispo, se presentaron en la casita del guarda preguntando alarmados por su celoso Pastor: salió éste á recibirlos á la puerta cuando hubo terminado la mejor obra quizá de su vida, y después de darles las gracias por las molestias que por el se tomaron, exclamó loco de alegría:

—Quedémonos aquí á velar el cadáver de un santo: sólo permito que vuelvan dos de vosotros á tranquilizar los ánimos de mis queridos hijos, y mañana cantaremos todos en el pueblo las glorias de María.

Cuántos milagros de esta índole se repiten diariamente en el pueblo cristiano, y cuántos más se repetirían si todos los fieles profesaran tierno amor á la Reina de los cielos!



DEFUNCION.

El día 20 del corriente falleció en esta ciudad el Sr. Presb. D. Sóstenes Villalobos.

R. I. P.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, AGOSTO 8 DE 1893.

NUM. 39.

SECCION I.

CARTA

DE SU SANTIDAD LEON XIII.

Al Episcopado AMERICANO.

A NUESTRO QUERIDO HIJO SANTIAGO GIBBONS, CARDENAL PRESBITERO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.

Amado hijo y venerables hermanos: salud y bendición apostólica:

A menudo Nos hemos dado pruebas manifiestas tanto de nuestra solicitud por el bienestar de los fieles y Obispos de los Estados Unidos de América, como del afecto particular que abrigamos hácia esa porción de la grey del Salvador. De esto hemos dado un nuevo é inequívoco testimonio, enviándoos como nuestro Delegado, á nuestro venerable Hermano Francisco, Arzobispo titular de Lepanto, varon ilustre, y no ménos esclarecido por su saber como por sus virtudes, según vosotros mismos plenamente lo reconocisteis en la última reunión de Arzobispos en Nueva York, confirmando de este modo la confianza que Nos habíamos puesto en su prudencia.

Ahora bien, el objeto principal de su

legación era dar un testimonio público de nuestra buena voluntad hácia vuestro país, y del alto aprecio que hacemos de los que están al frente del Gobierno de la República, como que él había de asistir, en nombre nuestro, á la inauguración de la Exposición Universal de la ciudad de Chicago, en la que Nos también tomamos parte, habiendo sido cortesmente invitados por sus directores.—Empero, su legación tenía igualmente por motivo el que nuestra presencia se perpetuara, por decirlo así, en medio de vosotros por el establecimiento permanente de una Delegación apostólica en Washington. Con lo cual Nos hemos manifestamente declarado no sólo que amamos á vuestra nación al igual de aquellos países más florecientes, á los que hemos acostumbrado enviar representantes revestidos de nuestra autoridad, sino también que ardientemente deseamos ver estrecharse cada día más los vínculos de relación mútua que os unen á vosotros y vuestras greyes con Nos, como hijos con su Padre. Ni fué un leve consuelo para nuestro corazón el que este nuevo acto de nuestra solicitud hácia vosotros, fuese seguido de una efusión general de gratitud y de afecto hácia Nos.

Ahora, en nuestro paternal cuidado por vuestro bien, Nos habíamos, ante todo, mandado al Arzobispo de Lepanto que